

Año Nuevo Chino 2019: El Año del cerdo

Zoongan y Oshki

Una historia en honor del Año Nuevo Chino 2019

El zodiaco chino está basado en un ciclo de doce años en el que cada año se asocia con un animal en particular. Se cree que tanto el año en sí, como la persona nacida en ese año, presentan las cualidades del animal correspondiente.

Este año, de acuerdo con el calendario lunar, el Año Nuevo Chino tiene lugar el martes 5 de febrero. Este día marca el inicio del Año del Cerdo, que es el doceavo en el ciclo de doce años. Se dice que las personas nacidas en el año del cerdo son generosas, amigables, confiables y sinceras.

Hace muchas lunas, en las riberas de un gran lago de Norteamérica, había dos cerditos que buscaban comida. Estos cerditos eran hermanos, aún bebés en ese entonces, y aunque estaban delgados, eran absolutamente adorables.

Andaban por ahí retozando, de buen humor a pesar del hambre. Se rodaban en el lodo, se frotaban con sus hocicos rosas y arrugaditos, y observaban con asombro las sustanciosas hierbas a su alrededor. Seguro que *algunas* de esas plantas eran buenas para masticar.

Justo cuando habían encontrado un área verde que se veía prometedora, un ruido extraño surgió de algún lugar fuera de su vista. Clac. Clac. Clac. Los cerditos se detuvieron y miraron a su alrededor. ¿Qué podría ser?

Clac. Clac. Clac. Ahí estaba otra vez, el sonido, y parecía hacerse más y más fuerte. Los dos cerditos se escabulleron detrás del pasto, agazapándose lo más posible. Se miraron fijamente uno al otro, con los ojos bien abiertos.

Y luego —nada. Silencio.

El más grande de los cerditos dio un paso hacia adelante, con cautela. Poco a poco empezó a sacar su hocico entre el pasto, cuando de pronto —¡Fuiii...! Un palo de madera se le vino encima. Chilló y cayó hacia atrás sobre su hermano.

Mientras luchaban por ponerse en pie, los cerditos vieron un par de ojos grandes y brillantes examinándolos desde arriba. Pronto pudieron enfocar la cara de una anciana mujer —que parecía tener tantas arrugas como bondad. Colgada de su brazo llevaba una gran canasta de agujas de pino.

— ¡Oh! ¡Hola! —dijo la mujer, haciendo a un lado su bastón— ¿quiénes son ustedes? ¿Están aquí solitos?

Los cerditos se le quedaron viendo. Ella examinó los alrededores; no parecía haber una madre cerda a la vista.

— Entonces vengan, súbanse a mi canasta. Tienen cara de estar hambrientos. Los llevaré a mi casa en Peshaawbestown, el pueblo cercano, y los cuidaré lo mejor que pueda.

Su voz era dulce, tranquilizadora. Los cerditos se le acercaron con curiosidad. “Vengan”, les dijo de nuevo, rascándoles atrás de las orejas. Con un suave empujón los acomodó sobre la cama de agujas de pino que había recogido, y así se fueron todos a Peshaawbestown.

La mujer mecía la canasta en sus manos al caminar. Por muchos años había vivido sola y, aunque se había acostumbrado a su existencia solitaria, muy en

el fondo había sido infeliz. Ansiaba tener compañía. Al voltear a ver a los dos cerditos, sintió que algo se movía en su corazón, una calidez esparciéndose por esos rincones de su ser que por tanto tiempo se habían sentido fríos y abandonados. Todo lo que deseaba era prepararles una rica comida caliente.

Cuando llegaron a la vivienda donde vivía, eso fue exactamente lo que hizo. Les preparó un atole de maíz y los miró mientras lo comieron ávidamente a lengüetazos. Cuando terminaron, les hizo una cama de paja y les cantó con suavidad mientras se dormían.

Al amanecer, la mañana siguiente, la anciana se sentó afuera viendo a los cerditos explorar el campo abierto al lado de su vivienda. Algunos rayos de sol brumosos jugaban sobre el pasto, y los cerditos se regodeaban en su calor. La mujer descansó su mirada en ellos por un momento levantando la boca con una leve sonrisa. Fue entonces cuando cayó en la cuenta: ¡aún no les había puesto nombre!

Tras un momento de deliberación, llegó a una decisión. Se les conocería como Zoongan y Oshki.

Bajo el cuidado solícito de la anciana, los cerditos crecieron rápidamente. Se hicieron fuertes y saludables, y conservaron su temperamento dulce. En particular Zoongan parecía tener algo especial. A veces la anciana tenía la clara sensación de que comprendía más de lo que dejaba ver.

Un día, unos seis meses después de que Zoongan y Oshki habían llegado a vivir con ella, hubo una gran fiesta en la aldea. Era un asunto demasiado alborotado como para que una anciana participara, pero aun así algunas personas de la aldea fueron a visitarla para compartir con ella algo de comer.

Así que no le pareció raro cuando, a mitad de la tarde, tres hombres altos y fornidos se presentaron en la entrada de su casa.

Uno de los hombres dio un paso al frente.

—Nookomis, abuela, no pudimos evitar ver a tus cerdos al pasar. ¡Qué fuertes se ven! ¡Qué felices! ¿Los criaste tu misma?

La mujer se sintió halagada.

—Qué amable de tu parte —dijo— pues sí, yo los crie desde que eran pequeños. El grande que ven ahí —y apuntó hacia Zoongan, que estaba apostado justo afuera de la vivienda observando con cautela—ese es Zoongan. Y su hermanito, al que ven regresando del campo, es Oshki.

—Bueno, pues has hecho un gran trabajo al cuidarlos. Son los mejores cerdos que jamás hemos visto. —El hombre volteó a ver a sus compañeros, quienes asintieron vigorosamente— deben de haber alcanzado ya su peso completo, ¿cierto?

—Oh, sí —respondió la anciana. Deberían de haber visto cómo era su aspecto cuando los encontré. ¡Tan flaquitos, tan pequeños! Pero logré engordarlos. Sí, yo diría que están muy bien.

—Excelente, excelente —dijo el hombre, un tanto distraído. Sus ojos estaban fijos sobre Zoongan.

Se volteó hacia la mujer.

—Nookomis, ¿quieres fumar tabaco con nosotros? Hoy es la festividad, y sería un honor para nosotros ofrecerte un poco.

La mujer aceptó con gusto. Era un ritual en su aldea, una costumbre sagrada, ofrecer tabaco. Además, estos hombres parecían muy educados. Los invitó a pasar a su casa y a tomar asiento.

Después de unos minutos, uno de los hombres dijo:

—Nookomis, esos cerdos que tienes son realmente muy hermosos.

La mujer lo miró de vuelta. Por alguna razón no podía distinguir bien su rostro —se veía borroso. De pronto, su mente se nubló. Si en ese momento hubiera podido analizar la situación con mayor claridad, se hubiera dado cuenta de que había algo raro en el tabaco que le habían dado, que estaba envenenado con algún tipo de intoxicante —que estos hombres, en realidad, no tenían buenas intenciones.

Sin embargo, su mente estaba demasiado impedida para este tipo de análisis.

— ¿Mmm...? Fue lo único que alcanzó a decir.

—Tus cerdos, Nookomis.

Para entonces los ojos de la anciana ya estaban cerrados y sonreía para sí. Finalmente abrió la boca como para hablar —solo para empezar a cantar, y de forma notablemente desafinada. “Bien, bien, todo está bien...” cantaba, distraídamente.

El hombre vio su oportunidad.

—Por favor, Nookomis, ¿nos vendes uno de tus cerdos?

La mujer tan solo siguió cantando. “Bien, bien, todo está tan bien...”

—¿El pequeño? —preguntó el hombre. No quería forzar su suerte tanto, no fuera a ser que la mujer despertara.

“Bien, bien, todo está tan bien...”

—Perfecto. ¿Entonces puedes traerlo? —preguntó el hombre. Le tendió la mano.

Aún perdida en su ensoñación, la mujer tomó su mano obedientemente y se puso de pie, tambaleando. El hombre la condujo a la puerta de la vivienda donde ella cantó en voz alta: “¡ Oshki! ¡Oshki! ¡Ven acá!”

Ahora bien, desde hacía un rato los cerdos se habían escondido entre las hierbas, a un lado de la vivienda. Habían escuchado toda la conversación de la anciana con esos hombres, sus ojos se abrían más y más con cada palabra. Cuando la anciana gritó el nombre de Oshki, él miró a su hermano con miedo en el rostro.

—Estas personas que vinieron son raras, hermano. Yo no quiero que me lleven. Se avecina peligro. La boca de Oshki empezó a temblar.

Zoongan frotó su cabeza sobre la de su hermano y, con gran ternura, le dijo:

—Lo siento mucho, Oshki. No puedo cambiar tu destino, tanto como lo quisiera. Sin embargo, puedo decirte esto: adonde vayas, sin importar lo que te suceda, recuerda bañarte en el estanque de agua. Báñate en ese estanque y hallarás un perfume tan fragante como el aceite del cedro, un perfume que nunca se desvanece.

La anciana seguía de pie en la puerta de vivienda y oyó a Zoongan decir esto. El intoxicante comenzaba a perder efecto. Cuando escuchó las palabras del cerdo, éstas atravesaron su corazón.

Volteó hacia los hombres que seguían en su vivienda, tenía los ojos llenos de lágrimas. Los hombres la miraron de vuelta, con el ceño fruncido, las bocas extrañamente abiertas. También habían escuchado las palabras de Zoongan. ¡Un cerdo, hablando con parábolas y paradojas! ¿Qué sentido tenía eso?

—Por favor váyanse —dijo la anciana, con voz firme. Mis cerdos no están a la venta para ustedes, ni para nadie.

Los hombres no protestaron. Balbucearon una disculpa, y luego murmuraron también algo como que de todas maneras ya tenían que seguir con sus asuntos. Se fueron dando tropezones, pero no sin una última mirada de asombro a la mujer y sus cerdos.

Las noticias corrían rápido en el pueblo, y pronto el jefe de la localidad, escuchó lo que había pasado. Curioso, invitó a la anciana y a sus cerdos a su casa.

Los recibió con gentileza, obsequiándoles un gran banquete, y luego les dijo lo que tenía en mente.

—Escuché que tú, Zoongan, compartiste gran sabiduría recientemente. Pero lo que dijiste me pareció sumamente misterioso. “Báñate en el estanque de agua y descubre el perfume que nunca se desvanece”. ¿Qué significa esto?

Zoongan sonrió al jefe de la localidad y contestó:

—El estanque de agua es amor, y el amor es la fragancia que nunca se desvanece. Yo le decía a mi hermano que no estuviera triste, incluso si fuera su momento para dejar el mundo. Hemos tenido una vida tan buena con Nookomis. Ella nos ha mostrado lo que es el amor. Yo quería que Oshki comprendiera que incluso aunque el cuerpo muera, este amor que hemos llegado a conocer, este amor que nos rodea, y que de hecho esta dentro de nosotros, nuestra propia esencia y conexión con todas las cosas, no puede ser destruido.

El jefe de la localidad se quedó en silencio por un momento, y luego asintió — una, dos, tres veces — en reconocimiento.

—En verdad eres sabio, Zoongan —le dijo. Y no puedo evitar pensar que un consejo como el tuyo sería invaluable para los asuntos del pueblo. ¿Podrías considerar unirse a mi familia y a mi casa? Tu hermano y Nookomis deberían unirse a nosotros también, yo me sentiría muy honrado.

Y así fue. Los dos cerdos, y la bondadosa anciana que los había recogido, vivieron el resto de sus días con el jefe de la localidad y su familia. Vivieron con comodidad y con un propósito —su bondad y sagacidad, su humildad y su honestidad, fueron un modelo y una inspiración para todos los que cruzaron su camino.



© 2019 SYDA Foundation®. Derechos reservados.

Contada por Eeasha Sardesai.

Esta historia está inspirada en uno de los Cuentos de Jataka, una colección de fábulas y anécdotas sobre las distintas encarnaciones del Señor Buddha.